

Impresiones

de un viaje a Bocairente

Por José SOLER CARNICER

Recientemente he leído que es difícil, en nuestro tiempo, hallar personas que carezcan de ideas preconcebidas sobre determinada cuestión en litigio público. Y, rememorando las fechas en que realicé mi primer viaje a Bocairente, observo la certeza de este juicio. No había estado nunca en Bocairente, no habiéndome deparado tan siquiera la oportunidad de ver alguna fotografía panorámica de la villa; únicamente llevaba grabados en mi memoria dos conceptos. El primero decía: «El origen toponímico de Bocairente tiene sus raíces en el arábigo «bekirén», que significa piña o colmena.» En cuanto al segundo, he de decir que lo había adquirido leyendo a nuestro gran botánico Antonio José Cavanilles, el cual, en su descripción de la villa, decía así: «Observada la población desde sus inmediaciones orientales, presenta una hermosa vista sobre un cerro de figura cónica en el que se levantan varios edificios sobrepuestos de diferentes órdenes y direcciones, siguiendo desde la raíz del cerro hasta la punta, donde sobresale la torre de la iglesia parroquial.»

Pues bien, yo también llegaba por oriente y casi doscientos años después, cuando contemplé por vez primera a Bocairente, recibí la misma impresión que me ofrendara Cavanilles, y vi algo que ya había imaginado, no sé si por la visión preconcebida o porque allí se había conservado todo igual. «Bekirén» subsistía a través de los tiempos y la sensación aún era idéntica para mi viajero espíritu, al contemplar el pintoresco espectáculo de la villa encastrada sobre el prometido otero cónico, por cuyas laderas se pegaban las albas edificaciones como las escamas de una piña y, sobresaliendo por encima de todo, el enhiesto campanario irguiéndose con la absoluta verticalidad del chopo.

Para entrar en Bocairente crucé el Clariano por un amplio y moderno puente, pues la población está casi enteramente cercada de barrancos que circundan el cerro sobre el que se asienta el abigarrado caserío. Por esta causa sus calles son empinadas y retorcidas en su mayor parte. Guardo particular recuerdo del grato y ameno «Carrer de les Voltes», en el que la hierba crece entre el desigual empedrado de su pavimento rústico. Encima, la antigua plaza del Mercado queda como hundida al pie de la iglesia, obra del siglo XVI, de estilo grecorromano, construida

sobre el solar del antiguo castillo moruno de Bekirén que, como es natural, ocupaba la parte más alta de la montaña.

Visitó detenidamente el interior del templo y guardo especial memoria de unas interesantes tablas de Juan de Juanes (que, por cierto, murió en Bocairente en el año 1579, cuando se encontraba pintando el retablo del altar mayor); asimismo se conserva allí una pila bautismal del siglo XIV construida con la taza de una vieja fuente pública, lo que le da un particular sabor popular. De nuestra época es un guión de San



Blas, original de Joaquín Sorolla.

Bocairente penetró en nuestra historia en el año 1244, al ser conquistada por el caballero de Oriz, alcanzando en 1370 el título de Villa Real con derecho a voto en la Corte de Valencia.

Actualmente, su mayor riqueza la constituye la industria textil; posee numerosas fábricas de hilados, siendo famosas especialmente sus mantas. Es por ello una población activa y floreciente, en constante evolución de afanes e inquietudes, laboriosa y amante de sus tradiciones, como anualmente lo manifiesta en sus festejos mayores, dedicados a San Blas (su Santo Patrón desde el año 1632), con los típicos desfiles de las comparsas de «Moros i Cristians».

Pude comprobar que por su especial situación, aislada de otros núcleos urbanos —Alcoy y Onteniente— por una complicada orografía, Bocairente posee un espíritu cívico propio e independiente. Su clima es de altura (se encuentra a 641 metros sobre el nivel del mar) y por ello,



pese a que el invierno ya había quedado atrás —allí suele ser muy riguroso, con nevadas regulares—, aún vi a los hombres, algunos, con la típica manta sobre los hombros.

Subí después a la ermita del Cristo, que está sobre un elevado cerro dominando la villa y hasta la que se llega por un largo y zigzagueante calvario. En aquella montaña riñeron sangrienta batalla en la guerra carlista los generales Weyler y Santés.

En el barranco que separa el cerro de la ermita del pueblo pude examinar las famosas «finestretes» o «covetes dels moros», monumentos funerarios al decir de unos y viviendas trogloditas en opinión de otros, habiendo sido declaradas monumento nacional.

Bocairente está enfrentado a la sierra Mariola, que se alza frente a la villa como una alta cadena que quisiera hurtar un horizonte más amplio. Por eso quise visitarla, ansioso de conocer qué había tras las alturas del cerro de «Sant Jaume», y salí por la carretera directa de Alcoy a Bocairente, «per la serra», como allí dicen. Por ella subí hasta la vega alta de Mariola, en cuyo fondo nace el Vinalopó —visita que me ha quedado pendiente para un nuevo viaje que estoy deseando realizar—, rodeado por el Alto de Mariola, el Somet, «Sant Jaume» y otros picos menores.

Era domingo y fuimos —yo y los buenos amigos de Bocairente que me guiaban amablemente— a la ermita de Santa Bárbara, situada ya por encima de los 850 metros de altura, punto de reunión de los masoveros de la vega, que allí acuden los días festivos para oír misa, sentándose después a almorzar junto a los «aguamolls» de la «Font del Pla».

La excursión aún continuó por los vericuetos de Mariola, llegando hasta el pie mismo del Alto de Mariola (1.150 metros), donde mana la fuente del mismo nombre en ameno paraje sombreado por añosos árboles, que fue buen final para una buena excursión.

Ahora, en el recuerdo, Bocairente sigue apareciéndonos apiñado en su otero, pero a la primera impresión añadimos siempre el inolvidable acento de amistad de quienes hicieron grato aquel primer viaje.

J. S. C.